

ORDENACIÓN SACERDOTAL DE D. ENRIQUE ORMAZABAL

Homilía

Donostia. Catedral del Buen Pastor (13/09/2026)

Queridos hermanos:

Hoy es un día grande para nuestra Iglesia de San Sebastián. Un día de esos que se guardan en la memoria y, sobre todo, en el corazón. El Señor nos regala un nuevo sacerdote.

Enrique maitea: orain dela urte bete, gutxi gora behera, leku honetan, hementxe bertan, zure diakonutza ordenazioa ospatu genuen. Te decía entonces que aquel día no era un punto de llegada, sino un paso más en el camino. Beste aurrerapausu bat ematen duzu gaur. Un paso, ciertamente, decisivo. Pero tampoco llegas a ninguna meta. Gaur, gauza berri bat hasten da. Hoy se abre ante ti una vida entera entregada al Señor y a su pueblo como sacerdote.

Durante estos años hemos visto crecer y madurar tu vocación. La hemos acompañado, discernido y rezado. Y hoy la Iglesia te llama y te dice solemnemente: zatoz, jaso apaiz ministeritza eta eman zure bizitza osoa.

La Palabra de Dios que la Liturgia de la Iglesia nos regala para este domingo nos ayuda a comprender bien lo que hoy acontece.

San Pablo acaba de decirnos una frase redonda: «Ninguno de nosotros vive para sí mismo». Y continúa: «Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor». Podría ser perfectamente todo un programa de vida para un sacerdote.

A partir de hoy tu vida ya no puede entenderse solo desde ti mismo. Tu tiempo, tus capacidades, tus proyectos, incluso tus cansancios y tus alegrías, quedan de una manera nueva puestos en manos del Señor y al servicio de los demás.

Dentro de unos momentos oraré sobre ti e impondré mis manos sobre tu cabeza y seremos testigos de otros gestos. Son gestos muy sencillos, pero detrás de ellos hay algo enorme: el Señor te toma para hacerte suyo y enviarte a los demás. Eso, nada más (y ¡nada menos que eso!) es ser sacerdote.

No es adquirir una dignidad o un grado. No es pertenecer a una especie de grupo superior dentro de la Iglesia. Es entregar la vida. El ministerio sacerdotal solamente puede entenderse desde el amor y el servicio. San Agustín llamaba al ministerio pastoral *amoris officium*: un oficio de amor, un servicio de amor. León XIV acaba de recordárselo estos días a los nuevos obispos. Y vale perfectamente también para un sacerdote: el ministerio es, ante todo, un servicio de amor.

Será un servicio de amor cuando celebres la Eucaristía con tu comunidad. Será así cuando prepares con cuidado una homilía. Será servicio de amor cuando escuches a alguien que necesita hablar. Cuando visites a un enfermo. Cuando acompañes a una familia que acaba de perder a alguien. Cuando dediques tiempo a un joven que busca su camino. Cuando te acerques al pobre. Cuando perdones los pecados en nombre de Cristo.

Y aquí aparece otra de las grandes palabras de las lecturas de hoy: el perdón.

El libro del Eclesiástico nos ha advertido contra el rencor y la ira. Y Jesús, en el Evangelio, cuando Pedro le pregunta cuántas veces tiene que perdonar, responde: no siete veces, sino setenta veces siete. Es decir: siempre.

Querido Enrique, vas a ser de una manera muy especial ministro de la misericordia de Dios. Pronunciarás muchas veces unas palabras impresionantes: «Yo te absuelvo de tus pecados». Y tendrás que pronunciarlas sabiendo que tú mismo eres también como los demás: un hombre pecador, necesitado constantemente del perdón de Dios. Es alguien que conoce su propia fragilidad y que, precisamente por eso, puede acercarse con misericordia a la fragilidad de los demás. Sé siempre paciente con la gente y no cierres la puerta nunca a nadie. La Iglesia necesita sacerdotes que ayuden a levantarse, no que aumenten el peso que los hombres y mujeres llevamos encima.

Hace solamente unos días, el Papa León decía a los nuevos obispos algo que me parece precioso: “entre las muchas cosas que tendrán que hacer, lo primero y más importante es «permanecer con Jesús»”. Ya te lo recordé también el día de tu ordenación de Diácono.

Antes que pastores somos discípulos. Antes de hablar de Cristo, hay que estar con Cristo y hablar con Cristo. Antes de llevar a otros hacia Él, necesitamos dejarnos llevar nosotros por Él. No inviertas nunca ese orden. Porque tendrás muchas cosas que hacer. La vida pastoral puede llegar a llenarlo todo. Siempre habrá algo pendiente.

Pero ninguna de esas cosas podrá sustituir tu estar con el Señor. Cuida la oración. Cuida la Eucaristía. Cuida la Palabra de Dios. Cuida esos momentos en los que simplemente estás delante de Él. Que nunca seas solamente un hombre que habla de Dios. Sé siempre un hombre que habla con Dios.

Y necesitarás también otra cosa muy sencilla: querer mucho a la gente. No se puede ser sacerdote desde lejos. El buen pastor conoce a sus ovejas. Vive cerca de ellas, conoce sus historias y comparte sus preocupaciones. El Papa decía estos días que la solicitud pastoral significa «llevar al pueblo en el corazón». Me gusta esa expresión. Lleva a tu pueblo en el corazón y no olvides que, siendo pastor, siempre eres parte de ese pueblo.

Allí donde la Iglesia te envíe, quiere a la gente. No sueñes con otra parroquia, con otra comunidad o con unas circunstancias mejores. La gente que tengas delante será tu pueblo. Con ellos y junto a ellos, tienes que hacer camino.

Ese pueblo será el lugar donde Dios te espere. Quiérello como es, incluso cuando no responda como te gustaría. También cuando algunos te critiquen. También cuando las iniciativas no salgan bien. También cuando tengas la sensación de sembrar mucho y recoger poco. Lo nuestro es sembrar. Dios sabe cuándo llega la cosecha. No olvides nunca que en la comunidad a la que eres enviado, el Resucitado ya ha estado y está presente y que muchos ya lo han seguido y lo siguen de manera ejemplar, incluso heroica. Recuerda siempre que en ese pueblo hay quienes te preceden en la santidad, en la fe, en una vida cristiana sólida, más sólida quizá que la tuya.

Acércate especialmente a quienes más lo necesitan: a los pobres, a quienes viven solos, a los enfermos, a los jóvenes que buscan, a quienes se han alejado de la Iglesia, también a quienes están heridos por ella. No esperes siempre a que vengan. Sal tú a su encuentro.

Y procura que quien se encuentre contigo pueda intuir algo de la bondad de Dios.

Y te recuerdo una cosa más: no camines nunca solo. Hoy entras plenamente en este presbiterio de San Sebastián. Mira a tus hermanos sacerdotes. A partir de hoy son todavía más tus hermanos. Quiérellos. Déjate ayudar. Aprende de los mayores. Comparte con los de tu generación. Acércate también a quienes piensan distinto que tú. El presbiterio no es un grupo de amigos que uno elige. Es una fraternidad que uno recibe.

Y permanece unido a tu obispo. Sabes que puedes contar conmigo. Hoy nace también entre nosotros un vínculo sacramental nuevo. Trabajaremos juntos al servicio de esta Iglesia a la que amamos tan profundamente.

Nuestra diócesis necesita sacerdotes. Necesita sacerdotes felices de serlo. Sacerdotes con esperanza. Sacerdotes capaces de querer a esta sociedad nuestra de Gipuzkoa tal como es, con sus luces y con sus sombras.

Dios sigue aquí. Dios sigue siempre actuando. Dios sigue llamando. Tu presencia hoy entre nosotros es precisamente una prueba de ello. Por eso tu ordenación es también una palabra de esperanza para esta diócesis.

Querido Enrique: Dentro de unos momentos te preguntaré solemnemente si quieres unirte cada día más estrechamente a Cristo, Sumo Sacerdote, y consagrarte a Dios para la salvación de los hombres.

Contestarás: «Sí, quiero, con la gracia de Dios». Quédate con esas palabras. No dices solamente «sí, quiero». Añadirás: «con la gracia de Dios».

Porque habrá días luminosos y días más grises. Habrá momentos en los que sentirás la alegría de ser sacerdote y otros en los que experimentarás cansancio, dificultad o soledad. Pero no dependes solamente de tus fuerzas. La misma gracia que hoy te ha traído hasta aquí seguirá sosteniéndote. Confía siempre en su amor y en su poder.

Y cuando alguna vez te sientas pequeño para el ministerio recibido, vuelve al día de hoy. Recuerda estas manos impuestas sobre tu cabeza. Recuerda a tus hermanos sacerdotes rodeándote. Recuerda a todo este pueblo maravilloso rezando por ti. Recuerda la unción de tus manos. Y recuerda, sobre todo, las palabras que hoy hemos escuchado: «Si vivimos, vivimos para el Señor».

Que esa sea tu vida, Enrique: Vivir para Él. Y, precisamente por Él, vivir para los demás.

Querido Enrique, enhorabuena. Enhorabuena a tus padres, a tu familia, a quienes te han acompañado durante estos años, a tus formadores, a tus amigos y a las comunidades que han ido haciendo contigo este camino. Y enhorabuena también a toda nuestra Iglesia diocesana.

Hoy recibimos un regalo. Cuídalo, Señor. Haz de Enrique un sacerdote según tu corazón.

Que celebre con fe, que predique con verdad, que escuche con paciencia, que perdone con misericordia, que acompañe con ternura, que sirva con humildad y que quiera profundamente al pueblo que le encomiendes.

Y que, después de muchos años de ministerio, pueda seguir diciendo como Pedro, con la misma sencillez y la misma alegría que hoy:

«Sí, Señor. Tú sabes que te quiero». Así sea.